AMOR FUGIT

Las nubes juegan con la lluvia

Raúl Tort

Amor Fugit

Las nubes juegan con la lluvia

Raúl Tort

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2024
© Raúl Tort, 2024
Diseño: "Daniel Miró, modelo Belén Pérez Tort"

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-84-4
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-19876-2024

A mis sobrinas Belén y Ángela

PARTE PRIMERA

Amor fugit

M. C. ESCHER

Julia dormía siempre del lado derecho de la cama. Yo, obviamente, del izquierdo. Ella prefería la cercanía de la puerta y tener a mano el teléfono. Yo la proximidad de la ventana y la excusa para no atenderlo. Una mañana amanecimos cambiados. Ella aquí y yo allí. «¿Qué hago de este costado?», preguntó. «No recuerdo haberme pasado». «No lo sé», le respondí con la voz aún empastada por el sueño, «yo tampoco creo haberme levantado. No crucé sobre ti». «Lo mismo digo». Entonces agregué: «Ten cuidado. Puede que el mundo sea el que ha cambiado; o que estemos detrás del espejo, que lo hayamos atravesado sin darnos cuenta. Si fuese así, todo estaría invertido. Fíjate, quizás el agua fría surja del grifo del que ayer salía la caliente y que en vez de bajar a la sala debas subir. También lo que hagas podría ser lo contrario de tus intenciones». Se rio: «Estás delirando. ¡Tan temprano! Recién amanece y ya has comenzado con tus habituales incoherencias». Se levantó. Preparó el desayuno para ambos. Se vistió y partió. Como todos los días. No regresó. Tomó a chanza mis palabras. No me creyó. Quizás, queriendo volver, se alejó cada vez más.

LA FOTO

El doctor Soria me esperaba en la cafetería del hotel sentado a una mesa. Sorbía parsimoniosamente un pocillo de café mientras ojeaba el periódico para entretenerse. Me acerqué a él sorteando las sillas vacías. A esa hora de la tarde éramos los únicos comensales en aquel elegante recinto.

Mi abogado se incorporó al verme y me extendió cortésmente su diestra, que cogí brevemente y sin ningún afecto. Había recurrido a sus servicios por recomendación de un notario que conocía, pero desde nuestro primer encuentro el hombre me había resultado desagradable, no sé si por su aspecto extravagante (detesto a las personas que pretenden ser originales en su apariencia), por el color pardo de su piel (reconozco que soy prejuicioso) o por su tendencia a divagar y a perderse en temas que para nada me interesaban. No obstante ello, había juzgado que desempeñaría bien su cometido, y por lo tanto le había encomendado la tramitación de mi divorcio. Ahora ese pleito había concluido y yo había logrado mi propósito de preservar el patrimonio de la avaricia de Gloria (doy por sabido que todas las esposas, cuando se separan, entran a saco en la disputa de los bienes). Soria venía para entregarme la respectiva documentación y por el cobro de sus honorarios. Lo había hecho esperar largo rato, más allá de la hora convenida, sabedor de que no le faltaría paciencia como para aguardar todo el tiempo que quisiera tomarme mientras completaba mi aseo, me afeitaba y ordenaba lo que faltaba alistar en el bolso de mano.

Tomé asiento, enfrentándole, y musité de mala gana una disculpa por la tardanza. El camarero se aproximó solícito y le ordené «también café para mí»; luego encaré a Soria, y yendo directamente al grano le pregunté: «Entonces, doctor… ¿todo terminado? ¿Soy libre otra vez? ¿Trajo copia de la sentencia?». Sonrió, inclinando la cabeza, y me pareció advertir un dejo de tristeza en su expresión. «Sí, amigo Robles», me dijo (y ese «amigo» me sonó como un atrevimiento), «todo acabó tal como usted quería, y aquí le traigo las constancias». Me entregó una carpeta de la que extraje y revisé meticulosamente la papelería que contenía. «Muy bien», le dije al fin, «ha cumplido usted. ¿Ha traído también su minuta?». Buscó decorosamente en su portafolios, como si no hubiera estado preparado para presentarla, y me la exhibió como con vergüenza. Controlé que instrumentaba exactamente lo convenido. No comprendo por qué a muchas personas los temas de dinero parecen causarles incomodidad. Yo tenía un sobre preparado con la cantidad acordada, pues ya había cerrado mis cuentas bancarias en España. Se lo di y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta sin contar los billetes, pese a mi insistencia de que lo hiciera. «No faltaba más», exclamó, al tiempo que se disponía a extender el recibo que le solicitaba.

Pensé que, saldada la cuenta en efectivo, pronto se olvidaría de mí, un cliente ocasional que esa misma tarde dejaría el país, y para siempre, o al menos eso era lo que me proponía hacer. Atrás quedarían el matrimonio frustrado con Gloria y… nada más, porque en mi paso por aquella ciudad, aunque extenso, no había hecho verdaderos amigos sino sólo esporádicas relaciones sociales, y estas más por necesidad que por vocación.

Soria me miraba con intensidad. Me sentí incómodo y desvié la vista hacia la plaza que enmarcada el ventanal de la cafetería. Allí, entre el verde de los árboles, jugaban unos niños que

correteaban por el césped. «¿Y si hubiera aceptado engendrar un hijo alguna vez?», me pregunté, «¿Hubiera sido distinta mi vida?». Me respondí que, quizás, en lugar de estar abonando la cuenta de un divorcio, estaría entonces en aquel banco verde de madera, cuidando de algún crío.

Me molestó haber caído en la nostalgia. Soy enemigo de los sentimentalismos. Soria me apartó de mi inusual melancolía con una fastidiosa demanda: «¿Y qué hará usted ahora? ¿Adónde irá, si no es indiscreción preguntárselo?». Tuve ganas de contestarle que eso era asunto mío y que, efectivamente, no sólo era indiscreto sino impertinente, pero me contuve y le respondí con sinceridad: «No lo sé con certeza. Vuelvo a mi país, pero allí no tengo quien me espere». Me di cuenta que había ido más lejos que lo que me proponía contestar, que estaba dejando entrever a ese extraño las carencias de mi vida, y que ello no era ni digno ni razonable para mi soberbia.

Entonces fue cuando Soria comenzó a desarrollar sus ideas sobre la soledad. Me pareció que no hablaba para escucharse a sí mismo, como lo hacen tantos por autocomplacencia, sino para transmitirme un mensaje de solidaridad. En realidad, reflexioné, a lo largo del proceso había tenido que poner en conocimiento de Soria muchos episodios de mi pasado. Él me era desconocido, pero yo no lo era para mi interlocutor. Sentí un poco de bochorno al recordar que sabía de mi existencia más que nadie. Contra mis hábitos, le dejé hablar. Es más, le alenté a que lo hiciera. Quizás esa charla fuera la última que mantuviera por largo tiempo con alguien que se consideraba como un amigo.

En la consigna tenía las maletas ya cerradas y el billete del pasaje aéreo abultaba, junto con el pasaporte, el bolsillo de mi traje. Sólo me restaba recoger el bolso y cancelar la cuenta del hotel. Después, el vuelo y el aterrizar en otras tierras.

Soria tenía por costumbre ambular de un tema a otro y los hilvanaba con sus peculiares teorías. Así fue como se explayó:

«Yo creo que, para sobrevivir, tenemos que lograr afectos, ir dejando huellas. Somos lo que los demás piensan de nosotros. Sabe usted… un hombre que se aísla, que no quiere ni es querido, es como si desapareciera. A veces me inclino a suponer que, si nadie se acordara de uno, dejaría de ser. ¿Le parece extravagante mi forma de pensar? Pues siga mis razonamientos. ¿Ha observado que, a medida que avanza la ciencia y el hombre se adentra en la comprensión de la estructura de la materia, cada vez que los instrumentos le posibilitan observar elementos menores; descubre que están formados por otros? ¿Que aquello que no muchas décadas atrás nos parecía sólido, unido y compacto, no es sino un conglomerado de moléculas que guardan cierta cohesión entre sí, y que a su vez están integradas por células? ¿Que estas no son sino conjuntos de átomos? Y que también éstos, que se aceptaban como unidad elemental, no han resultado ser sino sistemas planetarios integrados por entidades aún más sutiles que los científicos denominaron como neutrones, protones y otras esotéricas (para mí) denominaciones. ¿Ha tomado usted en cuenta que cada uno de tales corpúsculos está conformado por expresiones infinitesimalmente diminutas, y que, todas y cada una de ellas, está alejada de las demás por distancias que, guardando las proporciones, son superiores a las que separan a los planetas entre sí? Pues entonces, advertirá que no somos casi más que absoluto vacío… ¡nada! Luego, si eso que es ínfimo, es también algo y llega a constituir una persona, como usted o como yo lo somos, o creemos serlo, es por el pensamiento que les da coherencia. Sólo el intelecto y el mecanismo esencial de los recuerdos son los que dan identidad a los seres. Sin la memoria

seríamos mesones, mesotrones, neutrinos… partículas separadas por distancias inconmensurables y sin identidad alguna.

»En suma, mi amigo, llevando esta digresión a lo práctico, cuídese de que no le olviden, mantenga sus lazos con la gente. Si se marcha, no permanezca solo, haga nuevas amistades, consiga afectos. La soledad y el olvido consecuente son peligrosos. ¿Le aburrí con mis reflexiones? Me alegro de que lo haya tomado a bien. Ahora, si me disculpa, debo regresar a mi despacho».

Le despedí, entre divertido y molesto. Mientras peroraba, me había parecido más un profeta bíblico que un abogado. ¡Menudo filósofo éste, que descreía del concepto de identidad y desconfiaba de la realidad de la materia! ¡Vacuo y grandilocuente! «Pero no debo ser tan severo en mis juicios», me impuse. «A fin de cuentas, lo que quería era ayudarme».

Después de su partida quedé un rato sentado, con la mirada perdida en la calle, observando el incesante paso de los transeúntes por la acera. Todos ellos seres desconocidos e indiferentes. Encendí un cigarrillo. Estaba solo y el camarero no se atrevió a reprenderme. Aún me sobraba tiempo. El humo ascendía en caprichosas volutas que flotaban en el recinto. Me distraje viendo cómo se desvanecían en el aire.

Saqué de mi billetera la única foto que conservaba de Gloria. La contemplé por última vez. Allí estábamos los dos, nuestras cabezas muy juntas, con una sonrisa estúpida de felicidad en los labios y, detrás, la casa que habíamos compartido.

Recordé lo que acababa de escuchar de boca de Soria. «Ella, colijo, es la única que piensa o pensaba en mí. ¿Cuánto tardará en olvidarme? Cuando me haya quitado de su memoria, ¿dejaré de ser?».

Sonreí escéptico y me marché. Olvidé la foto sobre la mesa, o la dejé allí de propósito, porque algo me impulsó a no romperla

y era incapaz de conservarla (quizás la advertencia de Soria había impedido que cortara ese eslabón, dejándolo, no obstante, librado a su suerte) y salí en busca de mi equipaje.

***

El camarero va hasta la mesa que habían ocupado los señores para retirar el servicio de café. Sobre el mantel, encuentra una fotografía en colores que seguramente ha olvidado ese pasajero de traje gris. La mira con atención. La mujer que contempla en ésta es muy bonita. A su lado la imagen está como velada. Se distingue, con dificultad, la sombra de lo que parece ser un hombre… pero no, se ha confundido, porque ahora que la examina nuevamente, percibe que la dama está sola, con la cabeza curiosamente inclinada, y a su costado sólo se ve la fachada de una casa, que parece bañada por la luz del sol.

LA CITA

«Los hombres no podrán volar nunca porque
el vuelo está reservado para los ángeles».
Milton Wrigth, 1903

Se sentó a esperarla en el bar de enfrente al que habían señalado como el lugar de su encuentro. Desde allí podría observarla con discreción. Difícilmente ella le vería. ¿Por qué estaba actuando así? No lo sabía aún.

Pidió un café y aparentó leer el periódico mientras miraba hacia las mesas del otro local, tras la calle que los separaba. Todavía faltaba bastante para la hora de la cita. Encendió un cigarrillo y pensó en Claudia. ¡Tan joven y tan linda!

La había conocido en la Universidad, de la que él era un simple empleado administrativo y ella una alumna de Filosofía y Letras recién recibida. Había ido a la oficina donde él trabajaba a tramitar la expedición de su título. Había tenido la suerte de que le correspondiera atenderla.

Era muy simpática y extrovertida. Fue fácil entablar conversación con ella y asombroso que aceptara compartir un café al fin de la jornada. Restaban sólo unos minutos de atención al público y pudo marcharse enseguida.

Fueron a una cafetería cercana, según lo recordaba con precisión, y hasta podría describir cómo estaba vestida en esa ocasión: pantalones vaqueros, jersey castaño y chaqueta de piel, un reloj de buena marca en su muñeca y botas de calidad reconocible. Claudia –ese era su nombre— había ganado una beca para

cursar un máster en Canadá. Además, parecía tener una situación económica desahogada. Huérfana de padre, administraba su herencia con cuidado. No se permitía lujos, le confesó, pero en su vida no tendría que preocuparse por trabajar mientras no despilfarrara su capital.

Él no le ocultó que fuera casado y le aclaró que no se llevaba bien con su mujer y, aunque esa era una excusa muy usada por los hombres para justificar su infidelidad, en este caso era real y ella le creyó.

Fernando le habló de su pasión por los libros y charlaron de cine, de teatro y de poesía. También le contó que le hubiera gustado ser escritor, pero que las obligaciones se habían impuesto frente a sus ambiciones. Le había explicado también que de esos temas no podía platicar con su esposa, porque ésta era la típica ama de casa burguesa que, pese a tener un título universitario, no superaba el nivel de las telenovelas.

Rieron. Ella le miró con simpatía. Prometieron encontrarse nuevamente y así lo hicieron. No podía precisar cuándo aquella atracción se convirtió en amor.

Conformaban una pareja atípica: él, pobre, maduro y anodino; ella, de buen pasar, joven y llamativa; pero ambos compartían la afición por el arte y su fe en el amor como el destino natural del hombre.

***

La vio llegar unos minutos antes de lo convenido, ubicarse en una mesa, hacer su pedido al camarero y consultar el reloj. Estaba preciosa con aquel vestido, ¡y qué bien le sentaba ese nuevo peinado!

La observó mientras sorbía el té despaciosamente. Advirtió que, al llegar la hora fijada, miraba hacia uno y otro lado, buscándole. Siguió inmóvil, recordando…

***

Rememoró el primer día que habían hecho el amor en el departamento de Claudia. Su reticencia inicial, luego su completa entrega. Se había encariñado con ese apartamento decorado con exquisito gusto y que tenía tanta luz, contrastando con su casa, algo sórdida. Todo lo relacionado con Claudia le gustaba porque la quería a ella, que lo había atrapado con su frescura, su inteligencia y su carácter gentil.

Aún no podía entender cómo Claudia se había enamorado de él, un simple empleado con veleidades de escritor y de poeta. Qué había visto ella que despertara su amor, no lo sabía, pero ya no le importaba descubrirlo, porque la realidad era que lo quería y que eso le bastaba.

Días atrás, Claudia le había comunicado que pronto partiría hacia Canadá y le había hecho una propuesta insólita: «vente conmigo, viviremos en el departamento que alquilé; compraré allí un auto; tú puedes anotarte en algún curso de literatura y mejorar tu inglés; con lo que yo percibo podemos vivir los dos y, lo más importante, estaremos juntos y tú podrás dedicarte a escribir, como siempre quisiste». ¿Qué más podía pedir?

La vio consultar nuevamente el reloj, ordenar otro té, cruzar y descruzar las piernas, tamborilear con sus dedos sobre el mantel.

***

Pensó en Marta, su esposa. Hacía ya meses que no hacían el amor, desde mucho antes de que conociese a Claudia. Ella había perdido su interés en él. Parecía ignorarle. Marta era dentista y regresaba tarde a la casa. Comían lo que les había dejado preparado la asistenta por la mañana. Luego, ella se sentaba frente al televisor, muda, y él leía hasta que el cansancio le vencía. Entonces, se acostaba en su cama (hacía mucho que habían resuelto no usar la de dos plazas) y se dormía, con el desánimo propio de quien ve su vida malograda en la rutina y el desamor.

La cita había sido para las seis de la tarde. Debía encontrarse con Claudia, provisto de su pasaporte y su maleta. Se instalaría por unos días en su casa y la semana próxima volarían a Canadá. En el ínterin renunciaría a su empleo, arreglaría las cuentas pendientes y se despediría de Marta. Lo del divorcio no era urgente, le había dicho Claudia, «pero mejor si lo tramitas pronto. Estaremos más cómodos, yo especialmente».

El no haber tenido hijos y ser Marta la de mayores ingresos de entre ambos, facilitaba la resolución del problema. No la dejaría desvalida de medios de subsistencia, es más, probablemente consideraría que su partida la favorecería económicamente al disponer de todos sus honorarios para sí sola.

Meditó sobre la reacción de su esposa en el plano sentimental. ¿Se enfadaría? ¿Alzaría la voz? ¿Le amenazaría? Probablemente nada de eso. Era posible que hasta se sintiera aliviada de dejar una carga que se había hecho muy pesada para los dos.

***

La vio coger el móvil y digitar un número. Su teléfono vibró sobre la mesa, donde lo había colocado. Corroboró en la pantalla

que el llamado era de Claudia y lo dejó sonar hasta que cesaron los timbrazos.

Volvió a pensar en Marta, en su matrimonio frustrado, en los sueños no cumplidos. Trajo a su mente algunas memorias felices y muchas penosas. Evocó a la mujer bonita con la que se había casado y resolvió que el paso del tiempo había sido implacable con ella, que ahora estaba excedida de peso y con demasiadas arrugas en su piel. También se acordó de cómo se burlaba Marta de sus intentos de escribir una novela. Había desdeñado sus borradores. No le había dado nunca su opinión. Por el contrario, la otra, Claudia, le había pedido que le enviase los textos, aunque estuvieran inconclusos y sin pulir. Los había leído con avidez y le impulsaba a continuar ese camino, a la par que le había ofrecido su ayuda en cuanto pudiera serle de utilidad, ya sea para revisar lo escrito en busca de cualquier error o para brindarle ideas que pudieran mejorarlo.

Ya había transcurrido una hora más desde la convenida para la cita. Claudia pidió la cuenta y se incorporó.

Él miró su equipaje, puesto al costado de la mesa. Pagó la adición y suspiró. Meneando la cabeza la miró alejarse caminando lentamente y con expresión desolada. Luego, cogió la maleta e inició el retorno hasta su casa. «Mejor llegar antes que Marta», se dijo, «así no tengo que explicarle nada».